

6

45

Mario Parajón

Barras y Funerarias

TÉORICAMENTE, una barra es una cueva refrigerada a la que acude la gente en busca de un poco de alegría a cambio de una pequeña merma en la cuenta bancaria del hígado. Y viceversa: una funeraria es una estancia sombría en la que reposan los que ya dejaron de vivir mientras realizan los trámites oficiales para que el Estado los considere muertos.

Valen estas definiciones en todas partes del mundo. Son razonables y adecuadas. El aficionado a la barra es el "viva la virgen" que se echa el mundo a la espalda; el aficionado a la funeraria es el Mr. Velorio al que los niños y las criadas miran de reojo por su mal agüero. Sin embargo, no valen esas definiciones en Cuba. Aquí ocurre todo lo contrario.

Veremos la razón. En Cuba, una barra es una cueva refrigerada que sirve para que las gentes se pongan tristes, y una funeraria es una estancia también refrigerada que sirve para que las gentes se pongan alegres. Nuestras funerarias son ruidosas y nuestras barras son silenciosas. En nuestras funerarias se charla hasta por los codos y en nuestras barras impera el susurro. Vamos a las barras a consumir un jaibol de hastío y vamos a las funerarias a echar una cana al aire enrarecido de los muertos...

Debíamos tender a los difuntos en las barras y proveer de botellas los refrigeradores de las funerarias. Sería cosa de trasladar los cirios para las barras y los gramófonos para las funerarias. Pero tales medidas traerían consigo un gravísimo problema: desde el momento en que las barras se convirtieran en funerarias y las funerarias en barras, empezariamos a poner "la nota discordante" en el sitio en que se les ocurriera estar a los muertos, y nos sentiríamos melancólicos en los rincones en los que se colocaran las botellas... y no habríamos resuelto nada.

Dicen que el espíritu de contradicción es el espíritu de los pueblos-niños. Si es así, Cuba es un pueblo pre-natal. Ante las lágrimas de una viuda, ante el dolor de unos hijos, ante la catástrofe que experimentan ciertas familias al ver morir a la parienta pobre y no a la parienta rica, lo único que se nos ocurre es hablar del último "show" de un cabaret o del arte exquisito de una rumbera. Y en presencia de un vaso lleno de licor, se nos ablanda el corazón al evocar a la "novia perdida" o a la juventud que se "va para no volver". ¿No es indignante?

Aseguran los hombres de pensamiento que cada cosa es buena a su tiempo. Hasta un catarro nos puede librar de una tarde molesta en la oficina. De la misma manera, todavía nos creemos con derecho a sentirnos alegres o tristes según nos venga en gana. Y ese es un craso error. Hay que sentirse alegre o triste según las circunstancias. Hemos de administrar esos sentimientos y ponerlos al servicio de la comunidad. En una funeraria—por muy poco que nos importe la desaparición del protagonista del velorio—tenemos el deber de arrancarnos del pecho media docena de suspiros. Y en una barra—ya que va en ello el prestigio de la República—no nos queda otro remedio que lanzar cuatro carcajadas para reírle el último chiste del cantinero...



MARIO
PARAJÓN

6

2)

Ya es hora de que intervengan las autoridades en este asunto de las barras y las funerarias. Yo no sé si algunos altos funcionarios saben que no faltan psiquiatras que le dicen a sus enfermos que se procuren un par de muertecitos semanales para disipar las nubes de la neurosis, ya que los velorios son tan entretenidos, que a los enfermos se le solvida su "trauma". Tampoco sé si las autoridades tienen conocimiento de que hay amigos y matrimonios que se citan en las "cafeterías" de las funerarias entendiéndose que allí el jugo de frutas y el café y hasta ciertos dulcecitos se hacen de mano maestra.

¿No es francamente vergonzoso? Si estuviéramos en los Estados Unidos—que es un pueblo decentemente organizado en el que los ciudadanos lloran cuando Monroe les dijo que lloraran y no cuando a ellos se les ocurre—este delito se pagaría con la pena capital. Aún así, cabe esperar un buen decreto que venga a ponerle fin a tan escandaloso "affaire" sentimental.

A algún velorio he asistido en el que el único que no participaba de la alegría colectiva era el "muerto", el cual, desde su gélida encerrona, parecía quererles gritar a los asistentes: "¡Denme una oportunidad! ¡Yo también tengo un chiste verde que vale un millón de pesos!" Pero como todo el mundo estaba muy alborotado, nadie se ocupó de hacerle caso. Y más de una vez me he encontrado en una barra tan melancólica, tan sombría, que no me ha quedado más remedio que salir de allí desesperado, ansioso por encontrar rápidamente, fuera donde fuese, un velorio de turno...

M, marzo 23/55 -

